

tica elegancia con que los ingleses vieron caer el suyo.

No es precisamente a la fuerza, o a regañadientes, como podría creerse después de lo que aquí se ha dicho, que Estados Unidos vendrá a la próxima ronda del mal llamado "diálogo Norte-Sur", entre explotados y explotadores. En Cancún podrá Estados Unidos establecer diálogo y evitar enfrentamientos con la Internacional Socialista, la cual, a pesar de reflejar, fundamentalmente, intereses de naciones capitalistas europeas, ofrece un proyecto distinto para un nuevo orden económico internacional que, *en las actuales circunstancias*, conviene tácticamente en la lucha a más largo plazo del Tercer Mundo. Estados Unidos se ve obligado a buscar diálogo con sus competidores europeos, sobre todo ahora que la huelga de los controladores aéreos amenaza convertirse en detonador de una reacción sindicalista nacional contra la política antiobrera de Reagan, y en aglutinante del descontento de las masas populares norteamericanas; y ahora también que los gobiernos aliados europeos aflojan los vínculos que los atan a la potencia ex hegemónica, y que crece el antinorteamericanismo en los pueblos del Viejo Continente. El comunicado conjunto de los presidentes de México y de Francia, en relación con la autoridad moral de las organizaciones revolucionarias salvadoreñas para representar legítimamente a buena parte de su pueblo, es símbolo de la alianza tácita entre el Tercer Mundo y las democracias europeas contra el capitalismo salvaje de las políticas económicas antiobreras, de la guerra fría y de la amenaza armamentista que el imperialismo norteamericano pretende imponer al resto del mundo.

El gigante viene, pues, a Cancún, con las fuerzas disminuidas, aun cuando su habitual prepotencia trate de ocultarlo.

No es entonces remota la posibilidad de que el imperialismo norteamericano arrie banderas importantes frente a las socialdemocracias europeas y a la solidaridad entre ellas y las naciones pobres en Cancún. Una conducta tal del imperialismo norteamericano se

alinearía con la evolución normal del capitalismo: el fascismo a no muy largo plazo acaba por asfixiar las posibilidades del desarrollo capitalista, y llega un momento en que sólo el reformismo puede sacarlo del pozo en que ha caído y restablecer su marcha habitual. Los profascistas norteamericanos (y los de otras partes) parece que empiezan a comprender —hay síntomas para suponerlo— la necesidad de restituir poder de compra a los países explotados (y dentro de ellos a sus respectivas clases asalariadas) si se quiere normalizar el flujo comercial en el mundo, tan vital para ambas partes en pugna. Se acerca, pues, la hora de las negociaciones: de ceder un poco en sus demandas, los unos; de aflojar algo sus rigideces, los otros. Y esta hora podría sonar próximamente en Cancún. Si no fuere allí, sería un poco más tarde en otra parte; pero la hora llegará pronto, no caben dudas.

En cualquier caso, el Informe Brandt se convertiría en pie forzado para las discusiones y se iniciaría con ello un proceso de "socialdemocratización" en las relaciones internacionales. Cabría a la Internacional Socialista (al genio político de Willy Brandt) el mérito de haberle puesto el cascabel al gato; François Mitterrand surgiría, probablemente, como principal figura de la alianza coyuntural de las potencias del capitalismo reformista con el Tercer mundo "asalariado"; José López Portillo tendría el honor de ser el anfitrión de lo que podría llegar a ser el más importante acontecimiento político mundial en mucho tiempo, y el mérito de haber contribuido, consciente y responsablemente, para la realización del mismo. Para las grandes masas tercermundistas se iniciaría un respiro apreciable en la zozobra y en la angustia en que viven, y a quienes luchamos en favor del socialismo nos quedaría el consuelo de una posible apertura de condiciones más favorables que las actuales, desde donde arrancar una verdadera transformación socialista.

Tales son las ventajas del reformismo; sus desventajas no son menores y ya se irán conociendo sobre la marcha: para nosotros los mexicanos no son desconocidas.

Ponencia presentada en el coloquio internacional que bajo el título de La internacional Socialista: una propuesta para un mundo en crisis se celebró en la UNAM del 24 de junio al 10 de julio de 1981.

EL "NEOLIBERALISMO" ECONÓMICO CONTRA EL "ESTADO DE BIENESTAR"

Vista con la perspectiva que hoy poseemos, se aprecia durante la gran crisis de los años 29 y siguientes un

agotamiento de posibilidades de la empresa privada para financiar por sí sola la infraestructura y las inversiones urgidas por la dinámica expansionista del capitalismo, es decir, por la necesidad de encontrar cauces a las fuerzas productivas en aumento. Es entonces que se abandonan banderas ideológicas de un liberalismo económico estricto y no sólo se acepta, sino que se propicia, la intervención del Estado en la economía, es decir, el crecimiento del sector público. Empieza el reinado de Lord Maynard Keynes en el mundo de la teoría económica, y se entroniza la economía mixta, con dife-

rentes grados e intenciones, en los países de capitalismo avanzado. La intervención del Estado se extiende también a los campos social y político.

Rechazados de una u otra forma los casos extremos, se impone el "Estado de bienestar" como modelo propio y característico del capitalismo reformado, el cual tuvo expresión teórica económica en el keynesianismo. La socialdemocracia, como modelo social y político fincado en la economía mixta, conoce un prolongado auge en Europa, paralelamente al auge económico generalizado que comienza en la última posguerra y finaliza 25 años después, con el inicio de esta otra gran crisis en que nos encontramos sumergidos. Puede decirse que iba abriéndose paso también un "Estado de bienestar" norteamericano, mediante programas de servicios públicos, cada vez mayores en número y en importancia en las ramas de salud, vivienda y educación, pensiones de vejez o de retiro, seguros contra accidentes laborales o desempleo y otras, y de un paulatino cambio de mentalidad respecto a la intervención del Estado en las actividades sociales y económicas.

Creo que existen suficientes elementos para pensar, y si no nos ayuda la perspectiva del tiempo nos auxilia en cambio la analogía histórica, que la crisis actual puede caracterizarse como agotamiento, a su vez, de las posibilidades del "Estado de bienestar" para seguir impulsando el desarrollo de las fuerzas productivas, dentro de los marcos del sistema capitalista. Convertido el "Estado de bienestar" en freno para un nuevo y necesario período de acumulación acelerada, se abandonan ahora las banderas ideológicas del reformismo y se recogen de nuevo las del liberalismo económico de épocas pasadas. (Que el liberalismo económico ha sido y sea hoy más que nunca un mito es asunto que se comentará en otra parte.)

Capitalismo en cámara de oxígeno¹

El economista norteamericano Paul A. Samuelson² ataca el problema crucial de nuestro momento de manera anecdótica, amena y sugerente; describe la polémica mantenida en Harvard hace 40 años entre dos gigantes intelectuales: el marxista Paul Sweezy y el conservador Joseph Schumpeter sobre el futuro del capitalismo. Reproduce además el resumen que el moderador de la polémica, Wassily Leontief, ofreció sobre los puntos de vista opuestos aunque coincidentes en uno

¹ Sol Arguedas: "Capitalismo en cámara de oxígeno", *El Universal*, 21 de octubre de 1980.

² Paul A. Samuelson, conferencia magistral que bajo el título de "La economía mundial a finales de siglo" presentó en el VI Congreso Mundial de Economistas, en la Ciudad de México, agosto de 1980.

de los aspectos. Sintetizó así el moderador: "El paciente es el capitalismo. ¿Cuál será su destino? Nuestros expositores concuerdan de hecho en que el paciente se está muriendo inevitablemente; pero las bases de sus diagnósticos no podrían ser más diferentes. Por un lado está Sweezy que utiliza el análisis de Marx y el de Lenin para deducir que el paciente se muere de un cáncer maligno; absolutamente ninguna operación puede ayudarlo; el fin está predestinado. Por otro lado está Schumpeter; él admite que el paciente se muere; pero dice que el paciente se muere de un mal psicossomático: no cáncer sino neurosis es la queja del paciente; abrumado con su odio hacia sí mismo ha perdido el deseo de vivir. . ."

Samuelson, antiguo Premio Nobel de Economía, no nos dice cómo defendió sus ideas Sweezy, ya que eran realmente las tesis de Schumpeter las que le interesaba comentar y comparar con las de otro gigante de la economía: John Maynard Keynes. Pero no es difícil imaginar que la argumentación de Sweezy debe haber girado principalmente alrededor de la contradicción fundamental del capitalismo: me refiero a la contradicción entre la creciente socialización de la producción y la también creciente privatización de los beneficios de la misma, de donde se derivan prácticamente sus más graves conflictos. Y se podría imaginar también que la intención de conjurar los peligros de tan evidente contradicción contribuyó con su parte para que el capitalismo avanzado incrementara la intromisión del Estado en la economía del *laissez faire*, otorgara al Estado una función distributiva, y diera origen a la economía mixta, tan admirada y defendida por el autor Samuelson no obstante su formación dentro de la escuela económica liberal de Chicago.

Sigo comentando a Samuelson en el trabajo suyo citado. Según él, "ya desde los años veinte Schumpeter había llegado a los siguientes esquemas de la historia: Axioma 1), el sistema económico mismo es esencialmente estable; Axioma 2), aunque el sistema capitalista es económicamente estable, el capitalismo es esencialmente inestable en lo político". Esta última negación hegeliana quiere decir, en otras palabras, que "el equilibrio general walrasiano siempre tiene una solución, y tal solución sería capaz de realizarse si los sistemas político y sociológico permitieran que las leyes económicas operaran".

Samuelson nos había puesto sobre aviso de que, a diferencia de Keynes, quien en 1930 "hablaba de los éxitos futuros, no del capitalismo, sino de lo que hemos llamado desde entonces economía mixta, Schumpeter estaba, en cambio, tratando el caso polar del capitalismo *desencadenado*" ("salvaje", como prefiero llamarlo yo).

Dice Samuelson: "leyendo entre líneas a Schumpeter, creo observar que la misma solución planteada por

ellos [Wilfrido Pareto y George Sorel] estaba tácitamente en su mente [. . .] A lo que me estoy refiriendo es, desde luego, a la solución fascista. Si la eficiencia del mercado es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: 'libérense de la democracia e impongan a la sociedad el régimen de mercado'. No importa que los sindicalistas deban ser castrados y los molestos intelectuales enviados a la cárcel o al exilio [. . .] Por decir algo, si Chile y los Chicago boys no hubieran existido, hubiéramos tenido que inventarlos como un paradigma".

Volviendo a la célebre polémica entre Sweezy y Schumpeter, podemos colegir que si para el primero el capitalismo supuestamente se muere por agudización de su contradicción fundamental (en última instancia), para el segundo la enfermedad mortal del paciente reside en el desequilibrio económico producido por la inestabilidad política (y esta última tendría que ver con los resultados de la lógica de la democracia populista). De aquí que quienes compartan opiniones semejantes a las de Schumpeter busquen alivio en la medicina fascista, mientras que quienes discrepen del marxista Sweezy —como el autor Samuelson— pero compartan con Keynes la apreciación de la economía mixta, encuentren en ésta el paliativo buscado, la cámara de oxígeno para el capitalismo supuestamente moribundo.

Las afirmaciones de Samuelson cobran más sentido —y actualidad por supuesto— cuando se conocen sus tesis sobre el origen de ese fenómeno económico que trae de cabeza a todo el mundo en la actualidad: la inflación con recesión. Dice: "Mi tesis es que la *stagflation* (inflación con recesión) es una característica intrínseca de la economía mixta [. . .] Y descubro sus raíces en el interior de la naturaleza básica del "Estado de bienestar" moderno [. . .] En resumen: atribuyo dicho fenómeno de la economía mixta al hecho de que ahora tenemos una sociedad humana donde *al desempleo y al receso industrial no se les permite tener repercusiones en la baja de precios y salarios*, característicos del cruel y despiadado capitalismo de los libros de historia" (subrayados míos).

Esta tesis de Samuelson, coincidente, aunque esto no lo hiciera muy feliz a él, con Schumpeter en la visión de conjunto mas no en las conclusiones, pareciera corroborarse con las agresiones al sindicalismo, el abatimiento de las conquistas obreras en materia de seguridad social y los golpes a la democracia política que están ocurriendo en todo el mundo capitalista, con grados diferentes de brutalidad o con "civilizados" comportamientos, como parte fundamental de la estrategia de la lucha contra el fenómeno económico de la inflación-recesión que constituye el nudo gordiano de la crisis global del capitalismo hoy.

Samuelson finaliza sus trabajos preguntándose: "¿Es utópico conservar y promover cualidades *humanas* de la economía *mixta* manteniendo al mismo tiempo la *eficiencia del mecanismo de mercado*?"

Esta preocupación de Samuelson la conocíamos ya como uno de los temas centrales del discurso socialdemócrata³. No ando tan descaminada, pues, cuando afirmo que aunque históricamente ha llegado el momento del fascismo en escala universal, al mismo tiempo crece, se intensifica y se transforma la lucha contra el mismo, ganando paulatinamente un nivel sin precedentes en la historia.

La crisis actual y su escenario

El II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, celebrado recientemente en La Habana, ofreció materiales valiosos para comprender las causas de la crisis económica que sufre hoy día el mundo capitalista.

Iniciada en los países industrializados una crisis que casi todos los especialistas califican de estructural, o "cíclica de larga duración que afecta los niveles más profundos del proceso de acumulación" (Theotonio Dos Santos⁴, los países industrializados se ocupan en "traspasar las dificultades a los países en desarrollo, agudizando violentamente todas sus contradicciones internas" (G. K. Shirokov)⁵. "Hay que señalar el intento capitalista de mantener o revivir la tasa de ganancias produciendo a costos inferiores en el Tercer Mundo y también en los países socialistas, con el apoyo político nacional a estas medidas represivas en los mismos" (A. Gunder Frank)⁶. Del estudio de materiales del congreso citado se obtiene una visión coherente básica para la comprensión política de los conflictos actuales. Si se toma como punto de partida

³ En una entrevista que se le hizo a Willy Brandt, en relación con el control que se pueda tener sobre las fuerzas espontáneas del mercado, las que favorecen a los privilegiados y marginan a los pobres, entre otras cosas Brandt contestó: "Los elementos de una economía de mercado nada tienen que ver con los problemas de la propiedad". Citado por Horacio Quiñones, en *El Día*, 26 de junio de 1981, quien añade que en dicha entrevista Brandt se refirió a Yugoslavia y a Hungría como países socialistas que "han introducido elementos de la economía de mercado para lograr un sistema más eficiente".

⁴ Theotonio Dos Santos, *La crisis económica internacional*, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, en La Habana, Cuba, del 26 al 30 de abril de 1961.

⁵ G.K. Shirokov, *La crisis estructural y los países en desarrollo*, Ponencia en el mismo Congreso citado.

⁶ A. Gunder Frank, *Crisis económica, promoción de la exportación y represión política en el Tercer Mundo*, ponencia en el Congreso citado.

la reducción de la cuota de ganancia —fenómeno inherente a la naturaleza del capitalismo— se explica entonces por qué la necesidad de modernizar los equipos y de racionalizar la producción hacen cambiar el flujo de las inversiones en los países desarrollados, las cuales no se dirigen ya a la ampliación de la capacidad instalada. Esto último, más la pérdida de competitividad de ramas industriales obsoletas a causa de la modernización, generan desempleo y, por lo tanto, conflictos sociales. Es entonces que en los países desarrollados se adoptan medidas restrictivas para la importación de mercancías provenientes de los países subdesarrollados, para proteger las ramas no competitivas de su propia industria.

La cadena de la crisis sigue ganando eslabones: en los países subdesarrollados la compra de tecnología para modernizar sus instalaciones hace que aumenten los gastos para la creación de nuevos puestos de trabajo; necesitan entonces nuevas inversiones. Como se ha acentuado el deterioro en los términos del intercambio, “en parte por la relativa reducción de la demanda de materias primas en el mercado mundial, crece la dependencia de estos países pobres no productores de petróleo respecto de los recursos externos” (G. K. Shirokov)⁷.

Recíprocamente crece la importancia del Tercer Mundo como mercado para las exportaciones de la industria occidental, incluida la japonesa. “La importancia del Tercer Mundo como mercado continúa aumentando y se acelera en particular durante las recesiones, cuando la demanda occidental se debilita todavía más que las importaciones del Tercer Mundo” (A. Günder Frank)⁸. De paso vemos, pues, cómo se van estrechando las interrelaciones entre los países que forman los llamados Norte y Sur.

Cito ahora a Theotonio Dos Santos: . . . “la crisis también refleja la saturación de los propios mecanismos generados por el pleno empleo de los factores productivos, obtenidos durante el período de crecimiento sostenido; *el poder de reivindicación de los asalariados llegó al auge, como su organización y combatividad junto al auge económico, neutralizando en consecuencia las ventajas que el capital obtuvo durante los 25 años de crisis entre la primera y la segunda guerras mundiales* [. . .] y también las ganancias de la productividad del trabajo obtenidas con la incorporación de nuevas tecnologías después de la segunda guerra mundial” (Subrayados míos)⁹.

⁷ G. K. Shirokov, *Op. cit.*

⁸ A. Günder Frank, *Op. cit.*

⁹ Theotonio Dos Santos, *Op. cit.*

También de Theotonio Dos Santos es lo siguiente: “De manera más abstracta podríamos afirmar que la crisis resulta de un aumento de la composición orgánica del capital[. . .] y de una disminución significativa de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, como resultado del aumento del poder de negociación de los trabajadores en condiciones más o menos prolongadas de pleno empleo, generadas por el propio auge. *La consecuencia de la conjugación de estas dos tendencias fue la rebaja de la tasa de ganancia*” (subrayados míos)¹⁰.

En su ponencia para el mismo congreso, dice Alonso Aguilar: “La crisis del sistema de regulación tiene quizá como su principal causa —aparte, desde luego, la agudización de la contradicción fundamental— la incapacidad del viejo mecanismo del mercado para funcionar como antes debido a la alteración que sufre la ley del valor bajo el CME (capitalismo monopolista del Estado), y la creciente incapacidad de ésta para suplir y complementar a aquél”¹¹.

Aunque utilizando parámetros distintos, y diferentes lenguajes además, las afirmaciones citadas de tan diversos autores —de Paul A. Samuelson a Alonso Aguilar— fortalecen mi hipótesis de que todo ese complejo político-sociológico-económico conocido bajo el nombre de “Estado de bienestar o benefactor” —ya establecido o en vías de serlo— se encuentra en la propia base de la crisis y como impedimento para salir de ella por los caminos usuales en otras crisis anteriores. Al mismo tiempo, pienso que la crisis está señalando también los límites de la socialdemocracia histórica, la cual se ve impedida así de profundizar y ampliar su esfera de acción dentro de las estructuras capitalistas *nacionales*. No es casual que la socialdemocracia europea adopte, por primera vez, un diseño global, mundial, en los años en que aprieta la crisis (en 1976), ni que empien sus partidos políticos a sufrir derrotas electorales en sus lugares de origen, reflejando con esto el generalizado disgusto ante sus ya visibles limitaciones. En los Estados Unidos se van sumando también las derrotas de los programas sociales hasta culminar en el gran conflicto que enfrentó al entonces presidente Gerald Ford, republicano defensor del liberalismo económico, y la ciudad de Nueva York, agobiada por su insolvencia bajo la pesada carga de sus extensos servicios sociales¹².

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Alonso Aguilar, *La crisis económica internacional*, ponencia en el Congreso citado. No es difícil establecer el parentesco entre la visión global del capitalismo contemporáneo de Aguilar, con la mostrada por Paul A. Baran y Paul M. Sweezy en su obra ya clásica *El capitalismo monopolista*.

¹² Acontecimientos posteriores como la política del presidente Reagan —*reaganomics*— permiten considerar, por comparación, el conflicto presidente Ford—ciudad de Nueva York como un juego intrascendente de niños.

A título de simple conjetura, y para aprovechar todo el razonamiento anterior, quiero decir de paso que la socialdemocracia, o Estado de bienestar social, no pareciera tener entonces más salida que la ruptura de las estructuras capitalistas, *aunque no perdiera por esto su carácter reformista*. Quiero decir que vista con la perspectiva que ofrece la distancia, y sin los prejuicios de la militancia partidarista, vemos desde aquí el eurocomunismo —o su equivalente en otras partes— como la vertiente revolucionaria de la socialdemocracia —o su equivalente en otras partes—, dicho sea esto a sabiendas del escándalo que tal opinión pueda provocar en los amigos europeos que me lean o que hoy nos acompañan. Y ya sobre este camino, pienso que quizá —¿por qué no?— sea François Mitterrand quien tienda el puente entre la experiencia socialdemócrata y el proyecto eurocomunista.

La locomotora del tren capitalista

No se pueden comprender las causas y los efectos de la crisis actual si no se parte del conocimiento de la situación interna y de las relaciones externas de Estados Unidos de Norteamérica. El proyecto político económico de su nuevo presidente Ronald Reagan es, a todas luces, un ambicioso plan para recuperar la hegemonía en el mundo, lo que plantea, de entrada, el reconocimiento por la administración Reagan del hecho mismo de la disminución del poderío estadounidense. Muy distintas fueron las actitudes en administraciones pasadas recientes, que se basaron en la creencia de una inalterable superioridad, no obstante lo avanzado de su declinación¹³.

Aunque existe el peligro de caer en interpretaciones *politicistas* cuando se quiere huir de explicaciones *economicistas*, y viceversa, la verdad es que la riqueza y variedad de los acontecimientos con que nos inundan cotidianamente los medios informativos vuelven más frecuente el primer peligro que el segundo. Además, es tan elemental el hecho económico junto al rico y complejo fenómeno político que no caben dudas acerca de cuál resulta más atractivo para la investigación o interpretación de los acontecimientos mundiales. Lamentablemente, de pocos analistas políticos puede decirse que guían sus trabajos —ya por condición intuitiva, ya por conocimiento adquirido— por el principio de que “el ser social condiciona la conciencia”, y no al revés, como es creencia frecuente aun en nuestros días

¹³ “No hay en Henry Kissinger ni en James Carter el reconocimiento explícito de una declinación del poder estadounidense, sino también una negativa a reconocer la existencia de cambios objetivos en la situación internacional que lo condicionan. José Miguel Insulza, “Reagan y la declinación del poder estadounidense”. *Cuadernos semestrales del CIDE*, México, 1981:

que se caracterizan por una mayor y más difundida aceptación del materialismo histórico.

En los norteamericanos hizo conciencia la pérdida de su hegemonía mundial, sobre todo frente al amenazante reto y a la presencia real de la industria japonesa, cuando sus órganos de información alertaron sobre el grado alarmante en que estaba siendo desnacionalizada su propia economía¹⁴. Entonces la nación entera entró en pánico, actitud por demás frecuente en Estados Unidos. Las inversiones extranjeras provenientes de todo el mundo no sólo estaban acaparando la actividad de compraventa de bienes raíces en algunos lugares sino también permeaban la industria y llegaban hasta la agricultura, dando lugar a que el Congreso mismo intentara frenarlas.

El proyecto trilateral

Es en este cuadro en donde cabría explicarse el viraje de las políticas de Carter en el último periodo de su mandato presidencial, su derrota posterior y el triunfo electoral de Ronald Reagan. Para una nación que apenas estaba recuperándose de las heridas morales y psicológicas de Vietnam y de Watergate; cuyos debilitados lazos internos estaban siendo cuidadosamente restablecidos utilizando para ello muy variados medios de manipulación colectiva¹⁵, resultaban peligrosos y contraproducentes el conocimiento y la conciencia de la progresiva desnacionalización de su propia economía y, por ende, de la pérdida de hegemonía

¹⁴ Tabla tomada del artículo de Carlos F. Rico en *Cuadernos semestrales del CIDE*, Nos. 2 y 3.

IED acumulada de los Estados Unidos

Miles de millones de dólares (porcentajes)

	1960	1965	1970	1960	1965	1970
Europa	6.7	14.0	24.5	21.0%	28.3%	31.3%
Canadá	11.2	15.3	22.8	35.1%	30.8%	29.2%
América Latina	8.4	10.9	14.7	26.3%	22.0%	18.8%
Japón	0.3	0.7	1.5	0.8	1.4	1.9
Otros desarrollados	1.2	2.3	4.3	3.7	4.6	5.6
Otros menos	1.6	2.9	5.1	4.4	5.9	6.5
No especificados	1.4	2.0	3.6	4.4	4.0	4.6

FUENTE: Peterson, Peter, G. *The United States in the Changing World Economy*, Vol. II, U.S. Government Printing Office, 1971. Cuadro 55.

¹⁵ La experiencia personal directa me hizo comprender en este sentido las grandes fiestas conmemorativas —en 1976— del II Centenario de la Independencia de EE.UU.; fiestas que convirtieron a la ciudad de Washington en centro de romerías patrióticas y en altar para la exaltación de la historia y de los valores nacionales.

mundial como nación. Esto se tradujo en la paulatina caída de popularidad del presidente James Carter y en el debilitamiento del potencial apoyo electoral para éste, así como en la posterior manipulación de la opinión pública para hacer caer sobre Carter y sus "errores" la responsabilidad de la crisis global —no sólo económica— del sistema. Pero bien se sabe que la desnacionalización de la economía norteamericana, como la de todas las economías del mundo, obedece a la tendencia actual de la evolución histórica del capitalismo. Que esta tendencia lógica y natural del capitalismo en expansión haya sido genialmente interpretada y utilizada por un grupo de personalidades de las finanzas, de la industria, del comercio, de la actividad académica y de la conducción política del mundo, es cosa distinta, así como también lo es el hecho de que James Carter hubiese sido su instrumento. El llamado proyecto trilateral para que el "caos" económico y el "desorden" político no se adueñaran del mundo a causa de la fenomenal transformación técnico-científica y sociológica que está sufriendo el capitalismo en la actualidad y, por ende, de la inevitable crisis producida, no constituye ningún plan diabólico concebido y ejecutado por alguna misteriosa y conspirativa mafia de explotadores capitalistas que se oculta bajo el nombre de Comisión Trilateral. Fue, y sigue siendo aquel plan, la intención llevada a la práctica de montar la ola incontenible del cambio histórico para no ser arrollados por ella. Fue, sobre todas las cosas, instrumento necesario de una estrategia global contra las luchas de liberación nacional en el Tercer Mundo, ya que constituían un frente común de las naciones industrializadas para la defensa de sus intereses.

El proyecto trilateral es un ambicioso plan transnacionalizador en perfecta consonancia con la evolución histórica del capitalismo. Trata de poner el capital financiero a la cabeza de un nuevo y necesario ordenamiento de la actividad financiera, de la producción y del comercio internacionales. Los años recientes fueron testigos del éxito —empañado, sin embargo, por el fracaso electoral de Carter— del proyecto trilateral: fortalecimiento de empresas transnacionales que, a pesar de tener sus respectivas matrices en los tres frentes máximos del capitalismo (Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea), se encuentran en proceso de "desmetropolización" creciente (16); negociaciones amplias y fructíferas entre las grandes potencias capitalistas para aminorar competencias entre sí; imposición de políticas económicas neoliberales favorecedoras del nuevo modelo de acumulación requerido para

¹⁶ Utilizo tentativamente el término "desmetropolización", a reserva de que los especialistas nos ofrezcan otro más adecuado, para designar ese fenómeno de creciente independencia de algunas gigantescas corporaciones transnacionales respecto de sus respectivas matrices nacionales.

"financiar" la gran transformación del mundo capitalista. Los años recientes han sido testigos también de cómo, para imponer duras medidas y restricciones de una política económica neoliberal, ha sido preciso debilitar o destruir los movimientos obreros y organizaciones políticas de izquierda, ya que ellos son, de hecho, los únicos obstáculos reales que lo impiden.

La reacción nacionalista

La desesperada, patética e inútil campaña de James Carter para reelegirse como presidente de Estados Unidos, y el triunfo —que no dejó de ser precario— de Ronald Reagan, fueron expresiones políticas de una batalla más honda librada en el interior del propio capitalismo norteamericano. Con las variantes propias de cada caso en particular, tal batalla es la misma que se libra en todo el mundo llamado occidental: la que fue ganada por Mitterrand en Francia, perdida por Allende en Chile, a punto de decidirse en Inglaterra, o que está perfilándose en Alemania Federal. Es, entre nosotros, los mexicanos, la que decidirá la próxima sucesión presidencial (17). Se trata de la batalla entre la tendencia actual hacia la plena transnacionalización de los capitales que está llevando a la estructuración de una economía única de dimensiones planetarias, con el consiguiente reordenamiento de actividades financieras, industriales y comerciales dentro de una nueva división internacional del trabajo, por un lado, y por el otro, la reacción *nacionalista* que aquella tendencia origina.

El nacionalismo es el gran tema del momento. Surgiendo donde aparentemente no lo había, o fortaleciéndose donde ostensiblemente lo había, el nacionalismo aparece en múltiples variantes como reacción de clases trabajadoras, de fracciones de burguesías más débiles y de Estados nacionales amenazados, frente a la creciente desnacionalización de las economías y su consiguiente transnacionalización. A su vez, la transnacionalización es consecuencia lógica de la incesante y en los últimos tiempos aceleradísima concentración de capitales, lo que constituye, como es sabido, la mecánica misma del capitalismo: llega el momento en que los capitales más poderosos necesitan romper moldes estrechos de fronteras regionales o nacionales. Pero así como rompieron sus propias fronteras necesitan romper las ajenas, tanto aduanales como jurídicas y culturales. Para hacerlo encuentran justificación ideológica en la exhumación de principios liberales, económicos y filosóficos, fincados en una pretendidamente libre manifestación de las fuerzas del mercado. Y ahora más que nunca el liberalismo económico es un mito a causa

¹⁷ La que *decidió* la sucesión presidencial en México. (Nota posterior).

del grado avanzado de monopolización dentro del capitalismo. Pero ahora también, al igual que antes, el discurso ideológico vuelve a considerar tal pretendida liberalidad comercial como si fuera la esencia misma de la libertad humana. De donde se derivan despropósitos tales como llamar "mundo libre" al mundo capitalista.

El nacionalismo de Reagan frente al proyecto trilateral

El fascismo como medida auxiliar y temporal para desnacionalizar y transnacionalizar economías locales o regionales es, seguramente, uno de los riesgos calculados en el proyecto trilateral. Allí donde no sea posible implantar políticas económicas neoliberales con métodos civilizados, no les queda más remedio que utilizar a militares traidores y a sumisos testafierros. En cualquier caso, vemos que el neoliberalismo constituye la base económica del fascismo contemporáneo: bestial y primitivo como el impuesto por Pinochet, "blanco" pero férreo como el que sufren los trabajadores ingleses bajo el dominio de Margaret Thatcher.

La base económica del fuerte nacionalismo que impregna el discurso político-ideológico del nuevo presidente de Estados Unidos y de los grupos conservadores que lo sostienen, puede deducirse de lo siguiente:

- a) La necesidad de frenar en lo interno —por presiones de capitales nacionales medianos y menores, es decir, de corrientes más atrasadas y conservadoras del capitalismo norteamericano— las inversiones extranjeras que están desnacionalizando la economía norteamericana en grado para ellos alarmante;
- b) La necesidad de apoyar la imprescindible reorganización industrial (o "redespliegue") de la declinante economía norteamericana —para seguir siendo "norteamericana" en primer lugar— en una industria pivote obligadamente "nacional" en su mayor parte: la fabricación de armas (con todo lo que ella implica de secreto militar y de investigación científica e innovación tecnológica para aumentar la productividad del trabajo). Se explicaría, así, la vuelta de la guerra fría —fundamental, aunque no exclusivamente— por la necesidad de justificar, ante el propio pueblo norteamericano, el descomunal aumento del presupuesto armamentista, y por la necesidad de crear conflictos armados localizados y *controlables*, como mercados permanentes de la producción bélica y para asegurarse áreas de influencia.
- c) la necesidad de defender posiciones "nacionalistas", es decir, de sostener el carácter "norteamericano" de las empresas transnacionales de matriz

precisamente norteamericana, para impedir la "desmetropolización" que experimentan las empresas transnacionales más poderosas en los días que corren.

El nacionalismo mexicano

El proceso de "desmetropolización" al que ya me referí, es decir, de independencia creciente de las más poderosas empresas transnacionales respecto de sus matrices respectivas en los países en donde tuvieron origen, ha vuelto más complejo el fenómeno nacionalista en algunos estados nacionales de capitalismo avanzado o en proceso de desarrollo.

Intentaré comentar el nacionalismo mexicano en el aspecto exclusivamente económico, dejando de lado los otros aspectos superestructurales tan socorridos y manoseados.

Ciertamente no puede hablarse de empresas transnacionales mexicanas de la envergadura de las grandes corporaciones conocidas mundialmente: a nadie se le ocurriría comparar las incipientes actividades internacionales de PEMEX con las de la *Standard Oil*, de la *Shell* o de cualquier otra de las "siete hermanas", como, tampoco comparar FERTIMEX con la *Dupont*, el Fondo México con el *Chase Manhattan Bank*, *Televisa* con la *NBC*, o las inversiones en tecnología mexicana que realiza desde hace tiempo la ICA en Centro y Sudamérica con las de la *IBM* en todo el orbe. En cambio sí me atrevería a comparar el nacionalismo del régimen Lópezportillista con el nacionalismo de la administración Reagan, en cuanto al ámbito *no* exclusivamente nacional en que se manifiesta, y ateniéndome a la conducta en materia económica seguida por el presente gobierno mexicano.

Si los empeños de los gobernantes progresistas —desde Lázaro Cárdenas— se enfilaron hacia el fortalecimiento de una burguesía nacional como instrumento para tratar de desarrollar autónomamente el país por la vía capitalista, hoy se trata de lo mismo, pero en escala internacional. Quiero decir que la política económica del régimen actual pareciera haberse dirigido hacia la consolidación del carácter mixto de la economía mexicana, sobre la base de vigorizar tanto la empresa privada (sobre todo la rama financiera) como el sector público, con el propósito de que fueran *precisamente mexicanos* quienes se encargaran de la inevitable transnacionalización de la economía nacional, tratando de impedir con esto que lo efectuasen (¡o lo acabarían de efectuar!) las grandes e imperialistas corporaciones transnacionales *privadas*.

Creo que antes de juzgar la política económica gubernamental hace falta definirla primero, y calificarla

después de acuerdo con las formas y el impulso que ya traía la economía del país, y en función de los cambios históricos que está sufriendo el capitalismo en la actualidad.

La arrolladora transformación del capitalismo mundial no parece admitir nacionalismos económicos del viejo estilo de fronteras hacia adentro, y el peso y las dimensiones adquiridas por la economía mexicana —gracias en gran parte a la irracional explotación petrolera— tampoco parece admitir aislamientos suicidas; por simple inercia, su peso específico la obliga a articularse en los circuitos internacionales: tenemos que aceptar la lógica expansionista del capitalismo mientras sigamos inmersos en él.

Dicho en otras palabras: los banqueros y hombres de negocios mexicanos, sintiéndose por fin suficientemente fortalecidos (¡ya la hicimos!) después de tan prolongado goce de toda clase de privilegios por parte de gobiernos comprensivos, salen a los circuitos económicos y financieros internacionales —*por pie propio*— con la sana intención de participar en el festín de la plusvalía generada internacionalmente. Suponen —y suponen bien— que ya tienen suficiente capacidad para explotar no sólo a su propio pueblo sino a todos los demás pueblos subdesarrollados del llamado Tercer Mundo.

Falta por saber si en el exclusivo club de las altas finanzas y de la conducción de los grandes negocios mundiales aceptarían compartir el pastel con los recién llegados mexicanos. Las sonrisas y los abrazos recientes en Campo David, y las fanfarrias recientes en la Casa Blanca, parecieran indicar que sí. ¿Estamos viviendo acaso los albores del subimperialismo mexicano?

Entre el fascismo y la socialdemocracia

Bien conocemos la mecánica invariable de los hechos: cuando en la pugna entre salarios y ganancias empieza a perfilarse alguna situación favorable a los primeros, suenan todas las alarmas y el sistema se pone en guardia. Inmediatamente se moviliza el cuerpo doctrinario capitalista y entran en acción sus instrumentos usuales para ofrecer batalla en la gran guerra ideológica de siempre. Radio, cine, televisión, cátedra, púlpito, tertulia, reunión, mitin y el rumor metódicamente utilizado, se convierten en lenguas armadas y multiplicadas para defender sacrosantas instituciones supuestamente en peligro: familia, escuela, iglesia, gobierno, negocios. Es decir, los aparatos de dominación ideológica que ayudan al mantenimiento y a la reproducción del sistema. Preparado así el terreno ideológico, se justifican bárbaras medidas coercitivas y punitivas que poco antes hubiera parecido imposible tomar. La reacción defensiva del sistema es tanto mayor cuanto más ame-

nazante sienta el peligro. El mundo se va enterando de cómo ocurren en algunos países horrores que sobrepasan los del día anterior, pero que se quedarán pequeños junto a los del día siguiente, hasta llegar a un límite en que se pierde toda proporción y medida para poder calificar los sufrimientos colectivos e individuales de origen social. Es el fascismo irguiéndose frente a las corrientes democratizadoras del propio capitalismo, y constituyendo, ambos, la contradicción subyacente en la crisis global del sistema.

Es lo que enfrenta hoy el llamado “Estado de bienestar” cuando intenta ampliar y profundizar sus conquistas sociales y es agredido por las políticas económicas “neoliberales”. Allí donde existía, como en Inglaterra; en donde había condiciones para establecerlo, como en Estados Unidos, o en donde estaban tratando de crear dichas condiciones, como en Chile durante el gobierno de la Unidad Popular, el “Estado de bienestar”, fincado en una economía mixta, ha sido blanco principal de la arremetida fascista. No debe haber ya ninguna vacilación para definir el neoliberalismo como la base económica del fascismo contemporáneo y señalar la filosofía que lo anima como responsable última de los horrores que lo caracterizan.

No está por demás señalar que tanto el proyecto trilateral (Carter) como el “nacionalista” de Reagan se basan en variantes de la misma teoría económica neoliberal, aunque sus respectivas expresiones políticas difieren ya, y posiblemente seguirán ahondándose más sus diferencias. Ciertamente el neoliberalismo constituye la base económica del fascismo contemporáneo; pero mientras el proyecto trilateral —más congruente con la evolución histórica del capitalismo— *podría devenir* en una “socialdemocratización” del mismo en escala universal, al proyecto de Reagan en cambio no se le miran salidas “democráticas”, a menos que eche marcha atrás en lo que constituye su parte medular. Y esto es lo que se ve difícil aunque no imposible. El capitalismo no puede permanecer largo tiempo sobre la vía muerta del fascismo a causa de la interdependencia ganada por las economías locales. Se convertirá, además, en condición de vida o muerte para el capitalismo restablecer el poder de compra de los salarios, y revitalizar así antiguos mercados o crear nuevos. Y para esto es preciso suavizar las condiciones políticas, lo cual se logrará sobre todo por presiones de las fuerzas populares. No podemos pasar por alto los resultados de la famosa conjunta realizada en Chile por Milton Friedman y sus discípulos chilenos, los Chicago boys; la empresa transnacional ITT; por David Rockefeller, alma y corazón, si no cerebro, de la Comisión Trilateral; por Henry Kissinger, representante del gobierno norteamericano de entonces, y por Augusto Pinochet. Dice Ruy Mauro Marini en ponencia presentada ante el reciente II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, en La

Habana: "En los extremos podemos ubicar a Chile, que renuncia a la industrialización diversificada y opta por lo que sus mismos ideólogos han llamado "superespecialización industrial", vale decir, un patrón fincado en la producción y explotación de bienes mineros, forestales y agrícolas, así como del mar, con un grado creciente de elaboración, a cambio de la apertura de la economía (hoy con una tarifa promedio de 10%) al comercio internacional". La que siempre fue altiva y soberana república de Chile constituye hoy ejemplo de la total subordinación que espera a nuestras naciones dentro de la nueva división del trabajo internacional, de la internacionalización creciente de los aparatos productivos y, en suma, del nuevo orden económico internacional que están imponiendo los centros rectores de las finanzas y del intercambio internacionales, y que seguirán imponiendo si no encuentran frenos u obstáculos en su camino.

Me adelantaré a posibles objeciones para admitir la aparente contradicción con algunas afirmaciones e hipótesis anteriores. Me referí, por ejemplo, a la posibilidad de que el proyecto trilateral —proyecto que nació precisamente para dirigir el proceso desnacionalizador y transnacionalizador del capitalismo y que, por tanto, encuentra su instrumento idóneo en el liberalismo económico— pudiese devenir en un intento de "socialdemocratizar" el capitalismo en escala universal. Y aquí salta esa aparente contradicción, ya que la socialdemocracia constituye, como se sabe, el frente reformista contra el capitalismo "salvaje". Condición "salvaje" que se vuelve a manifestar durante las crisis, y más franca y plenamente durante la crisis de hoy gracias a la escala universal en que se está imponiendo el neoliberalismo económico.

Debo aclarar que la contradicción no es mía: le pertenece por entero a la socialdemocracia, cuya condición es, por naturaleza, contradictoria, aunque su calificativo más adecuado sería "ambigua". Esta u otras

contradicciones, agudizadas en la actualidad gracias a la crisis global del capitalismo, tienen sumida a la socialdemocracia europea en su propia crisis histórica, cuyo indicador más visible lo constituyen los altibajos electorales sufridos por ella en tiempos recientes.

Dentro de este mismo orden de ideas, no olvidemos que una vez cumplida la misión desnacionalizadora de la economía para la que fue impuesto y ayudado Pinochet, por ejemplo, los grupos financieros y sus funcionarios políticos, rectores de la economía mundial, pudieron darse el lujo de sentir repugnancia "moral" por los métodos inhumanos para "gobernar" utilizados por el gorila sudamericano, y diseñaron la política de "defensa" de los derechos humanos puesto en manos del trilateralista presidente de entonces James Carter. La reacción electoral contra éste ha sido comentada en otras partes de este trabajo.

La propuesta de la Internacional Socialista

Realmente no existe una "propuesta" formalmente planteada, por la Internacional Socialista, para salir de la crisis global que sacude el mundo. Sin embargo podría considerarse la Internacional Socialista plenamente identificada con el informe rendido por la Comisión Brandt¹⁸. Tal informe es en el fondo un proyecto de nuevo orden económico internacional, y constituye, fundamentalmente, un intento de gran envergadura por "socialdemocratizar" el mundo capitalista entero, poniendo así freno al actual capitalismo "salvaje" que se está imponiendo como presunta solución a la crisis económica mundial, y cerrando el paso al socialismo también "salvaje" —a juicio de los creadores del plan— del modelo marxista leninista.

¹⁸ *Norte-Sur: un programa para la supervivencia. Informe de la Comisión independiente sobre problemas internacionales del desarrollo, presidida por Willy Brandt.* Editorial Pluma, Bogotá.

Artículo publicado en el periódico El Universal el 24 de agosto de 1979.

DOS ACEPCIONES DEL NUEVO ORDEN (¿POLÍTICA—FICCIÓN?)

No es casual la inclinación socialdemócrata que muestran algunos países desarrollados como Francia, Canadá y hasta el mismo Estados Unidos; tampoco la marcha, a paso de carga, de algunos gobiernos y partidos políticos europeos, tradicionalmente socialde-

mócratas, hacia el Tercer mundo, especialmente hacia África y América Latina, en donde encuentran gobiernos y partidos políticos locales de alguna manera afines que les suministran base social para extender su influencia¹. La reciente vocación universalista de los socialdemócratas, hasta no hace mucho encerrados en sus límites europeos, forma parte de la colosal transformación y fortalecimiento que está sufriendo el capi-

¹ Debo confesar que conozco poco las actividades de la Internacional Socialista en África y en Asia, aunque puede suponerse que el de América Latina constituye el más codiciado mercado ideológico, cultural y económico para la socialdemocracia europea.